

La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros

Giovanni Sartori. Taurus. Madrid, 2001

Texto: Javier Pradera

Giovanni Sartori ha abandonado, en sus ensayos breves más recientes, la circunspección y el tono pausado de sus grandes trabajos académicos (*Partidos políticos*, *Teoría de la democracia* o *La política* continúan siendo obras de referencia imprescindibles) para adoptar el estilo vivaz y combativo propio de las denuncias o de las refutaciones de los grandes polemistas. Si *Homo videns. La sociedad teledirigida* planteaba con crudeza los deletéreos efectos de la primacía de la imagen sobre la capacidad de razonar, la formación de la opinión y la política democrática, esta nueva intervención en el debate público analiza las teorías multiculturalistas de moda en el mundo académico de Estados Unidos y advierte sobre los riesgos de una inmigración incontrolada en Europa. Como en *Homo videns*, los demonios de la polémica simplifican y caricaturizan a veces las posiciones del adversario: pero el lector pagará con gusto ese precio a cambio de la invitación de Sartori a reflexionar aunque sea desde la discrepancia sobre cuestiones recubiertas hasta ahora de prejuicios.

El prólogo a las discusiones sobre el multiculturalismo y la inmigración es una admirable síntesis de los orígenes del pluralismo político, nacido en un mismo parto con la tolerancia, y una brillante exposición de sus notas definitorias: lejos de ser un proyecto ideológico de laboratorio, constituye el precipitado final de un incierto desarrollo histórico iniciado en el siglo XVII. El pluralismo político no se confunde aunque lógicamente lo presuponga con el pluralismo social, una constante de todas las agrupaciones humanas. El secreto de esa invención histórica es el descubrimiento de que la salud y la prosperidad del Estado no dependen de la unanimidad de los súbditos, sino de la diversidad y la discrepancia.

El pluralismo político es un sistema de *concordia discors*, una dialéctica del disentir, la interacción ininterrumpida entre el consenso sobre las grandes cuestiones de la convivencia (entre otras, las reglas del juego) y el desacuerdo de las partes en torno a los demás temas. Siendo cierto que la regla de la mayoría es el principio regulador de sus decisiones, la salvaguardia de los derechos de las minorías constituye el otro fundamento del sistema. La secularizada ciudad pluralista considera que la política, la economía y la religión son esferas separadas de la existencia; la autonomía y la intimidad de la vida privada se hallan plenamente garantizadas. Una sociedad fragmentada compuesta de grupos configurados por la tradición o por identidades adscritas, que se mantienen comunicados o enfrentados entre sí, nada tiene que ver con una sociedad pluralista, caracterizada por las asociaciones voluntarias, las afiliaciones múltiples y las líneas de división cruzadas de unos ciudadanos que se toleran y se reconocen recíprocamente sus derechos.

El multiculturalismo, una corriente doctrinal con destacada presencia en las universidades norteamericanas, es presentado a veces como una etapa superior o cualificada del pluralismo. El cuerpo principal de *La sociedad multiétnica* está dedicado a negar esa pretensión y a desmontar los supuestos, los argumentos y las implicaciones de sus tesis. La ciudadanía diferenciada en función del grupo de Will Kimlicka y sobre todo el principio de reconocimiento de Charles Taylor son el blanco de esa apasionada crítica de Sartori. A diferencia del pluralismo político, que incluye a los partidos, asociaciones y grupos existentes sin condenarlos al aislamiento ni tratar de multiplicarlos, el multiculturalismo es una fábrica productora de diversidad dedicada de forma obsesiva a hacer visibles las diferencias o a inventárselas con propósitos de separación o de rebelión: la creación de subcomunidades que se comportan como contracomunidades significa el fin del pluralismo. "El multiculturalismo lleva a Bosnia y a la balcanización".

Sartori sostiene humorísticamente que el paquete de la oferta multicultural debería advertir, como hacen los paquetes de tabaco, sobre los peligros de consumirlo: si fumar cigarrillos perjudica seriamente la salud, tomarse en serio las ideas de Charles Taylor implicaría regresar a las situaciones premodernas de arbitrariedad, injusticia e intolerancia que la neutralidad del Estado liberal y la generalidad omnicompreensiva de sus leyes han erradicado. En los trabajos de esa corriente académica, el término cultura no posee significado antropológico: puede ser una identidad lingüística, una identidad nacional, una identidad religiosa o una identidad étnica, pero también las reivindicaciones del feminismo o una tradición histórica.

La política de reconocimiento no se limita como el pluralismo a respetar todas las culturas, sino que exige concederles idéntico valor: asumir la defensa del canon clásico de la cultura occidental (desde Platón y Aristóteles hasta Cervantes y Shakespeare) significaría una discriminación para los restantes grupos, obligados a leer la obra de "varones blancos y muertos". Las identidades de adscripción (nacionalidad, lengua, raza, religión o sexo) del multiculturalismo, pegadas a la espalda de sus titulares desde el nacimiento, crean guetos cerrados e impiden a sus pobladores atravesar fronteras interculturales. Las políticas públicas de *affirmative action* o de *discriminación positiva* en favor de grupos desfavorecidos refuerzan esas tendencias a fabricar la diversidad, aunque no tengan una fundamentación teórica multicultural.

Si la principal preocupación de Sartori al otro lado del Atlántico es el multiculturalismo académico, el tema central en Europa son los riesgos para la estabilidad y la supervivencia del sistema pluralista creados por la inmigración incontrolada y la concesión de derechos de ciudadanía a extranjeros de difícil o imposible integración. A diferencia de Estados Unidos, un país construido por los inmigrantes (cincuenta millones entre 1845 y 1925), el continente europeo, vivero durante dos siglos de emigrantes, se ha convertido de la noche a la mañana en tierra de acogida sin la menor experiencia previa. *La sociedad multiétnica* describe cómo la superpoblación y la urbanización han agravado los efectos de la miseria tradicional africana y han puesto en marcha un proceso migratorio imparable, crecido por los afluentes llegados de las regiones más pobres de América Latina, Europa Oriental y Asia; las peculiaridades del fundamentalismo islámico y las resistencias a la integración ofrecidas por las "extrañezas radicales" de religión y etnia constituyen otro motivo de preocupación.

Dada esa pesimista combinación de diagnósticos y pronósticos, las severas críticas de Sartori a la excesiva tolerancia de la política de extranjería en Italia y sus desalentadores augurios sobre la desestabilización y desintegración de la democracia a menos de que se regularice y se limite la entrada de inmigrantes resultan insuficientes; si la emigración hacia Europa impulsada por el hambre y la desesperación es incontenible, no basta con desaconsejar las estrategias actuales: más allá de cerrar herméticamente las puertas a los ilegales (¿de qué manera?) y de recortar los derechos o el acceso a la ciudadanía de los inmigrantes legales (¿hasta qué punto?), se necesitan alternativas de acción positiva inspiradas precisamente en los valores del pluralismo político.